

La niña de los bolis

Fran M. Moreno

LA NIÑA DE LOS BOLIS



COLECCIÓN

Tailandia

ESCRITO POR

Fran M. Moreno

Capítulo 1

Niky fue a decir algo sobre lo que estaba comentando George, pero él la interrumpió para seguir hablando.

—Cuando te he visto en el Starbucks del centro comercial he sentido una repentina atracción hacia ti, ¿sabes? Es como si el universo me hubiera susurrado al oído: “Acércate a ella” —dijo George sonriendo y mostrando sus blancos dientes. Niky también sonrió. Luego bajó la mirada y la volvió a subir para admirar sus rizos dorados.

No hacía ni 1 hora que Niky estaba tecleando en su portátil en el Starbucks del Word Shopping Mall de Bangkok, y ahora estaba comiendo en un restaurante cercano con ese australiano que se le había acercado mientras apuraba su frappuccino.

Cuando George la invitó a comer, Niky vaciló unos momentos, pero se autoconvenció pensando que cuando se viaja sola hay que aprovechar las ocasiones de hablar con otros viajeros y vivir alguna aventura fuera de la zona de confort, sobre todo cuando tienes una conexión tan rápida con un chico tan guapo.

—Sí, yo también me fijé en ti cuando entraste en el Star...—empezó a decir Niky.

—Esas cosas las noto, ¿sabes? —volvió a interrumpir George—. Hace tiempo que practico yoga, y es increíble cómo cultivar mi espiritualidad me hace ser uno con la tierra, con los seres vivos, con los humanos... Veo la luz y la energía de las personas, y tú tienes un aura radiante —dijo el chico poniendo su mano sobre la de Niky—. Siento que hemos conectado desde el primer momento a un nivel cósmico que el resto no pueden comprender... Sé que te parecerá una locura...

La chica se puso roja, pero no retiró la mano.

—Siento como si nos hubiéramos conocido en otra vida —siguió diciendo el chico mirando a Niky fijamente— y todo lo que...

—¿Qué desean? —preguntó la camarera tailandesa con cortesía asiática, acentuada por el hecho de que eran los únicos occidentales del restaurante.

—¿Es que no ves que estoy hablando? —contestó George con desdén mirándola de reojo.

La camarera se ruborizó y enseguida agachó la cabeza.

—Perdón, señor —dijo sonrojada.

—Es igual —contestó George poniendo los ojos en blanco—. Yo tomaré Pad Thai.

—Para mí Curry Massaman, por favor —contestó Niky sonriéndole—. Y otra botella de agua, si eres tan amable.

La camarera apuntó la comanda y se retiró a la cocina después de reiterar sus disculpas a George. Entonces Niky dijo:

—Sí, yo también practico yoga desde hace tiempo y la ver...

—¡Sí! —exclamó George— Sabía que tú también hacías yoga —dijo dejando resbalar su cuerpo sobre la silla—. Lo supe desde el primer momento en que te vi, desprendes esa energía.

En ese momento, una niña tailandesa de no más de 10 años, vestida con pantalones desgastados y una camiseta viaje con una imagen de California en la que se podía leer "LIFE IS GREAT", se acercó a su mesa con las manos llenas de bolígrafos que iba ofreciendo a todo el mundo a cambio de una limosna. La niña se plantó delante de ellos sin decir nada y extendió sus diminutas manos mostrándoles los bolis.

Niky la miró y le sonrió.

—Hola, cariño... —dijo la chica observando los ojos oscuros e inexpresivos de la niña— ¿Cuánto va...?

—No, no...—cortó George haciendo un movimiento con la mano a la niña para que se fuera, la cual obedeció y se dirigió a la mesa de al lado.

—¿Por qué has hecho? —preguntó Niky algo molesta—. La pobre solo intenta ganar algo de dinero para comer, yo quería comprarle un boli.

George se incorporó en su silla.

—No me había dado cuenta, estaba muy ocupado mirando tus bonitos ojos verdes —dijo George a modo de disculpa con una amplia sonrisa dibujada en su boca—. Me encanta cómo eres... ¡Tan dulce! Se nota que tienes un espíritu lleno de luz, tenía razón cuando te vi... —siguió diciendo el australiano—. Es cierto, es cierto... La gente como nosotros debe ayudar a la gente como ellos, cuando eres bueno el universo te devuelve cosas buenas, ¿sabes? Lo aprendí en un retiro de yoga que hice en Koh Phangan. Déjame que te compre unos bolis —dijo George girándose y

buscando a la niña, pero la pequeña había desaparecido entre la gente.

—No hace falta que... —empezó a decir Niky.

—No, no, sí que hace falta, debemos ayudar a esta pobre gente —dijo George levantándose—. Voy a buscarla, ahora vuelvo.

George echó un rápido vistazo al restaurante, pero no había ni rastro de la niña, solo ejecutivos tailandeses del distrito financiero de Bangkok.

Salió fuera del local corriendo y miró a los lados. Finalmente localizó a la niña andando descalza unos pasos más allá a punto de entrar en otro restaurante.

—¡Eh! ¡Niña! —gritó George.

La pequeña se giró y se encogió cuando vio llegar a George corriendo. Miró hacia los lados y agachó la cabeza.

—Hola, niña —dijo el chico—. Dame 5 bolis.

La niña ladeó la cabeza sin entender una palabra de lo que decía. George le mostró los cinco dedos de la mano para hacerse entender, y la cara de la niña se iluminó por completo. George le dio 100 baths a cambio de los bolígrafos. <<Esto impresionará a Niky>>, pensó.

Cuando le hubo entregado el billete a la niña y se disponía a dar media vuelta para volver al restaurante, la muchacha se abalanzó a sus abrazos y le dio un afectuoso abrazo. Al principio George no supo cómo reaccionar.

—Vale, vale... —dijo él— Ya está bien. —exclamó apartando a la niña.

La pequeña tailandesa se giró y se marchó corriendo después de hacer varias reverencias en señal de agradecimiento. George comenzó el camino de vuelta al restaurante seguro de que había hecho una generosa acción que dejaría a Niky boquiabierta.

En ese momento se le ocurrió algo. <<Mierda>>, pensó. <<Tengo que hacerme un selfie con la niña para un stories>>, se dijo girándose y buscando con la mirada a la niña mientras se tocaba el bolsillo en busca de su iPhone. Pero no encontró a ninguno de los dos.

—¡Joder! —exclamó George— ¡Me cago en la puta! —chilló registrándose los bolsillos frenéticamente—. ¡Eh! ¡Eh! —gritaba intentando localizar a la niña—. ¡Esa puta niña me ha robado el móvil!

Todos los transeúntes le miraban extrañados mientras George intentaba localizar a la niña, pero no había ni rastro de la pequeña.

George volvió al restaurante con la cara roja y muy enfadado.

—Esa puta niña de mierda me ha robado el iPhone —le dijo a Niky mientras se sentaba— ¡Tienes idea de lo que vale ese teléfono! —siguió diciendo mientras apoyaba los codos en la mesa y se cubría el rostro con las manos— ¡Me cago en la puta niña! Ahora tendré que pedirles a mis padres que me compren otro, ¡joder! Y ya les he pedido dinero 2 veces este mes. ¡Cómo es esta gente! Vienes aquí, los ayudas con tu dinero y ¡te lo pagan así! ¡Deberían estarnos agradecidos! ¡Sin los turistas se morirían de hambre! —siguió chillando a Niky mientras todo el restaurante los miraba.

La expresión de Niky había cambiado. Ya no era la misma que antes. En ese momento se levantó de la mesa y cogió su mochila dispuesta a irse.

—¡Eh! —exclamó George—. ¿Dónde vas? Aún no hemos comido.

—Me voy —contestó Niky sin mirarlo.

—¿Por qué? Te he comprado los bolis, ¡los 5 bolis más caros de la historia, por cierto! —dijo George mostrándole los 5 bolis.

—Te habías dejado el móvil encima de la mesa cuando saliste corriendo detrás de la niña —dijo Niky señalando el iPhone de George sobre la mesa.

George miró el móvil con cara de asombro y luego a la chica.

—Que te den, gilipollas —sentenció Niky mientras salía del restaurante.